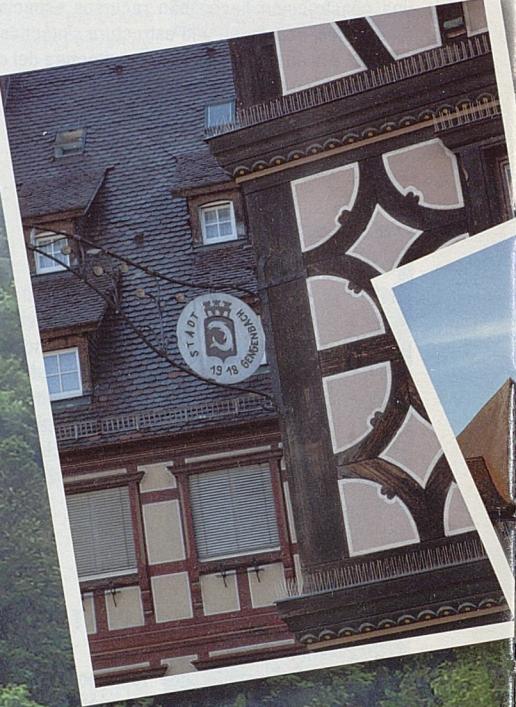


Cuaderno de bitácora

"Si al franquear una montaña en la dirección de una estrella, el viajero se deja absorber demasiado por los problemas de la escalada, se arriesga a olvidar cuál es la estrella que lo guía" (Antoine de Saint-Exupéry)

En la profundidad de la Selva Negra

En la zona sur de Alemania se encuentra la Selva Negra, así llamada por los romanos debido a la oscuridad que reina en su interior, producida por lo tupido de los abetos que la forman. Pero ¿es realmente un sitio oscuro? Ciertamente, nada más lejos de la realidad, pues en esta zona de Alemania todos los pueblos y ciudades están llenos de luz y color... Y magia. En el estado federado de Baviera está emplazado el castillo de Neuschwanstein (nuevo cisne negro), cuya fantástica silueta sirvió de inspiración directa a Walt Disney para imaginar su castillo de hadas. Desde luego que no sólo por esto merece la pena visitarlo, pues estando en un entorno tan maravilloso rodeado de bosques de frondosos abetos y con el telón de fondo de los Alpes y siendo su interior sorprendente, el conjunto resulta idílico. Por Herodoto y Salgado.



LA SELVA NEGRA se ubica en la zona suroeste de Alemania, lindando con Francia al oeste y Suiza al sur. Es un continuo de bosques de abetos que si bien en su interior profundo apenas deja pasar la luz del sol y resulta realmente oscuro, desde donde el hombre la ha ido habitando se puede percibir una inmensidad de colores: todos los matices de los verdes de los abetos y, en contraste, la intensidad de la vegetación floreada, tan abundante y bien cuidada, unida a las arquitecturas tradicionales en pueblos y ciudades.

No se encuentran en esta parte grandes obras de arquitectura de reconocimiento internacional (más allá de lo anecdótico del castillo de Neuschwanstein), y el estar en cierto modo anclados en el pasado hace que tampoco sea corriente encontrar obras relevantes de arquitectura contemporánea. Pero sin duda es una parte de Europa que merece una visita por todo arquitecto. Las razones pormenorizadas se irán desgranando posteriormente, pero al final se extrae una razón principal que hace de esta

parte de Alemania un entorno excepcional: el respeto. Disfrutar de un viaje por estos pueblos es recibir un curso acelerado de respeto, si se percibe con la suficiente delicadeza los diferentes matices que se nos ofrecen. Y uno de estos matices es el que se observa en relación con las propiedades ajenas.

Contrariamente a lo que estamos acostumbrados en nuestra cultura, donde se lleva a la máxima expresión la protección de la propiedad privada, pues el vecino es el enemigo, aquí se percibe cómo existe una barrera invisible que todo lo protege frente a las agresiones externas. Nadie 'toca' lo de otros, respetan las propiedades ajenas y es de lo más normal, por ejemplo, cómo dejan colocadas las terrazas de verano una vez cierran los establecimientos: todo montado hasta el día siguiente; entienden que nadie va a quitarles nada. ¿Sería eso posible aquí?

Pero el aspecto que más puede interesar al arquitecto es la urbanidad de las zonas urbanas. No es una redundancia, no, pues aquí

se observa un verdadero civismo, coexistencia perfecta entre la ciudad y la sociedad que la habita, entre la arquitectura y el ser vivo a todas las escalas.

Allá donde se dirija la mirada se encuentran detalles maravillosos, deliciosos, de los que no se ven en este país nuestro; de los que uno se empapa sin darse cuenta y que luego, cuando no están, hacen preguntarse cómo demonios podremos estar viviendo sin ellos. Entre los muchos ejemplos que se pueden percibir están los acerados: el mimo con el que se tratan los alcorques, los cambios de materiales y texturas de modo magistral, o en el encuentro entre las zonas de tráfico rodado y áreas peatonales.

Pero más importante que los detalles en si, aislados del resto, es la cultura que los genera como respuesta ordinaria a los mismos problemas que nosotros tenemos. Lo mejor es empaparse de esa cultura para, en cierto modo, ser portador y poder transmitir ese bagaje.



Fotografía grande, carretera B500. De izquierda a derecha: detalles casas en Gengenbach, casas de fachadas de entramado visto de madera en Rothenburg, jardines del palacio Schwetzingen en Heidelberg y centro peatonal de Friburgo.

GENGENBACH. Tampoco esta pequeña población suele aparecer en las guías turísticas, pero la urbanidad antes comentada alcanza aquí uno de sus máximos. Impecablemente higiénica, bien cuidada y llena de plantas de flor perfectamente cuidadas, la sensación que se tiene es de ir caminando por un escenario casi irreal.

GUTACH. Si bien la ciudad no es tan destacable, el museo tradicional al aire libre es otra visita sorprendente. Se trata de una reunión de casas tradicionales alemanas que conforma una pequeña ciudad con figurantes humanos. Lo que en principio puede parecer trivial o anecdótico permite descubrir y comprender el motivo de origen de gran parte de la arquitectura tradicional (funcional) centroeuropea, y se puede establecer un paralelismo directo entre las necesidades del pasado y su respuesta constructiva y lo que sucede en el presente.

TRIEBERG. Desde ella se puede uno adentrar fácilmente en el interior del bosque de la Selva Negra, y pasear observando las cascadas permite percibir la impresionante magnitud de cada uno de los abetos que conforman esta selva mientras se disfruta de un agradable paseo rodeado de ardillas.

CARRETERA B-500. Circular por ella es viajar por dentro de la Selva Negra descubriendo paisajes impresionantes y lugares recónditos donde se pierde el sentido ante la inmensidad de la naturaleza. Los lagos negros, como el Tisisee o Mummelsee son otra maravilla. Y si se puede uno perder por algún camino menos transitado se obtendrá un recuerdo inolvidable.

FRIBURGO. Cerca de la frontera con Suiza se encuentra esta ciudad universitaria llena de bicicletas y tranvías. Como en otros muchos sitios, la plaza de la catedral se transforma el día de mercado, y el centro peatonal reverbera con aires de otros tiempos.

Cuando se han recorrido todos estos lugares y poblaciones se despeja inmediatamente la duda de si merece la pena la visita, pues es mucho más lo recibido que lo dado. ¿No piensas ir a disfrutarlo?

HEIDELBERG Y SCHWETZINGEN. Entre Frankfurt y el borde norte de la Selva Negra se encuentran estas dos ciudades, que guardan cada una un importante monumento. El de Schwetzingen es un palacio realizado al estilo del de Versalles que si bien es de mucho menor tamaño que éste, eso mismo lo hace más asequible y amable con el visitante. Por supuesto, es un deleite poder pasear por los jardines de estilo francés, inglés, turco, el arboretum... Por otro lado, en la ciudad eminentemente universitaria de Heidelberg se encuentra, además de la universidad más antigua de Alemania, el castillo enclavado en la ladera que vierte sobre el río Neckar, una de las ruinas más famosas del país. La zona peatonal del centro de esta ciudad de urbanismo condicionado es magnífico reflejo de la existencia conjunta y muy bien resuelta de áreas comerciales, de ocio e históricas con usos residenciales.

ROTHENBURG OB DER TAUBER Y BAD WIMPFEN. En la zona noroeste de la Selva Negra, donde sólo se perciben unos retazos de bosque, se encuentran estas dos ciudades peatonales de corte medieval. Las casas de fachada de entramado visto de madera se entremezclan entre si, de manera heterogénea pero ordenada, y mientras se pasea por sus irregulares calles parece hallarse uno en una época remota.

BADEN-BADEN. Es la ciudad de la burguesía alemana del siglo XIX. Además del urbanismo característico del Wasserkunst Paradies, resulta impresionante el jardín de estilo inglés que acompaña la ribera del río Oosbach. Es un maravilloso lugar de paseo desde el que se divisa todo el glamour de esta ciudad llena de lujosos edificios.